

DIEZ MUJERES HISPANICAS

POR FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL



ISABEL DE TRASTAMARA



DOÑA MARINA DE JARAMILLO

COMO de la Reina de Castilla—cuyo ejemplo presidirá las tareas del próximo Congreso femenino—parece haberse dicho todo, no puede existir empresa más difícil para un escritor que la de tratar de evocarla a alguna luz inédita. Tanto los cronistas contemporáneos, apasionados y deslumbrados por su genialidad y su simpatía, como los poetas de exaltada imaginación y los eruditos de frío cerebro, incapaces de dar crédito a lo que no esté perfectamente probado por el minucioso cotejo de los legajos de documentos de cien archivos distintos, han coincidido sorprendentemente en sus apreciaciones sobre la gran mujer, en cuyo destino, privilegiado se fundieron de manera portentosa la gloria regia y el dolor humano, el amor y la razón política. A pesar de ello, por ser Doña Isabel la Reina y la tutora de la gran aventura colombina, considero inexcusable rememorarla en uno de los días del año de gracia de 1492.

Por ejemplo, el 4 de agosto. La Soberana, en su alcázar de Córdoba, guardaba luto por el marqués de Cádiz—aqueel legendario paladín de la guerra de Granada, cuyas hazañas igualaban a las del Cid y a las del Gran Capitán—, muerto días atrás en Sevilla. Empezaban a llegar a la apenada Corte las noticias de cómo se cumplimentaba en todos sus reinos el edicto de expulsión de los judíos, mientras los infantes niños invadían la casa con sus risas. Un correo, procedente de Palos, es introducido de urgencia ante la Soberana. De su escarcela saca unos pliegos, que, hincando en tierra la rodilla, entrega a la Reina. Son unas cartas del “loco genovés” repitiéndole sus promesas de llegar por Occidente a las playas de Asia y entregar al Gran Kan las credenciales que le acreditan como Almirante y Embajador de los poderosos Monarcas de Aragón y Castilla, y otra de Fray Juan Pérez, cura-guardián de La Rábida, dando cuenta de la partida en la madrugada del 3 de agosto de las tres carabelas fletadas para el maravilloso viaje. En la tarde del jueves 2 de agosto, el Almirante y sus noventa hombres de Moguer, de Palos, de Huelva, de Niebla, de Trigueros, de Ayamonte y de Lepe, confesaron sus pecados para recibir la comunión al día siguiente. El propio Fray Juan Pérez bendijo los barcos, en cuyos palos mayores se izaron los estandartes de la Santa Cruz y de los Reyes, levando anclas y haciéndose a la mar impulsados por un suave viento del Este. Todo el pueblo de Palos contempló desde la playa cómo las tres navicillas doblaban la barra de Saltés y emproaban directamente el mar abierto para perderse en la lejanía, donde sólo Dios podía saber todavía si les aguardaba la gloria o la muerte.

La Reina lee y releo las dos misivas emocionantes y se retira después a su oratorio a pedir al Altísimo por las vidas de aquellos súbditos humildes y valerosos, que arriesgan cuanto tienen—sus vidas jóvenes—para ofrendar a la Corona que ciñe sus sienes la gloria de su viaje a lo desconocido. La Reina pide por ellos a la Virgen, y en la sonrisa de la Virgen y del Niño adivina que es cierta la existencia más allá del tenebroso mar de un Mundo Nuevo, que pronto ha de aclamarla como Soberana. Millones de almas, ignorantes de Dios, serán muy pronto convertidas a la fe de Cristo. Cientos de ídolos crueles cederán sus altares a la Cruz del Dios de Amor, que también murió por ellos en el Calvario. Extensísimas tierras ubérrimas suspiran por el arado y las semillas viejas, que llevarán el pan a quienes nunca lo han probado. Montañas, ríos, árboles, frutos, pájaros, mujeres, niños aguardan temblorosos el bautismo del agua bendita y del nombre en castellano. La tiranía de los reyezuelos tiembla con el presagio de la justicia de unas leyes de Indias, que ya dibujan sus contornos humanísimos en el corazón maternal de la Señora.

Cuando vuelve del oratorio al Salón de Embajadores, donde ha de recibir a alguno que llega para concertar bodas principescas, Doña Isabel está encendida de ese júbilo secreto y misterioso de la mujer que advierte la maternidad cercana. La Reina de Castilla, gozosa, se siente ya madre de América.

ALTA, esbelta, morena, conservando en su madurez toda la suave belleza de sus años juveniles, la esposa del Oficial D. Juan de Jaramillo, cruzaba las calles de la ciudad de México, rodeada de la admiración de los indios y de los españoles que a mediados del siglo XVI construían los templos y los palacios de la Nueva España. Viva todavía, la lustre dama había entrado por derecho propio en ese mundo mítico de los héroes de la guerra en que tan rudamente porflaran treinta años atrás los dioses blancos—que en sus casas flotantes llegaran por el camino del sol a plantar la espada, la cruz y la bandera de Castilla en las más altas cimas de las cordilleras y en las torres más enhiestas de los palacios imperiales de Moctezuma—y los guerreros cobrizos, fanáticos defensores de su tierra y su religión.

Los capitanes y soldados de España saludaban, galantes y respetuosos, en doña Marina de Jaramillo no a la respetable Encomendera, ataviada tan ricamente como la propia Virreina, sino a la figura legendaria que llenara con su dulce nombre, su valor indomable y su lealtad asombrosa, las páginas más emocionantes de las Crónicas recientemente dadas a las prensas por Gómara o Díaz del Castillo, veteranos de la primera hora de la epopeya. Al contemplarla descender majestuosa de su litera y entrar en el templo a la hora de la Salve de Nuestra Señora de Guadalupe, pisando el umbral con su delicado chapín de raso, mientras su hermosa cabeza respondía con una graciosa inclinación a las plumas de los chambergos rozando el suelo, parecía a los más jóvenes una ardorosa fantasía de poeta, que aquella hermosa dama fuese la misma indiecita descalza que con su rica camisa de algodón blanco torcido, sus “cercillos” de oro, su diadema de plumas y sus collares de oro, acompañara a través de leguas de selva o de desierto—primero a pie, y luego, vencidos los temores, a caballo—a los paladines de hierro y fuego, para servirles de “lengua o de faraute”—o sea, de intérprete y mensajero—en las negociaciones amistosas con los caciques, que ahorran tantas vidas. Era increíble para ellos—que en misiones de paz recorrían ahora las enormes distancias de Nueva España, subiendo a los volcanes a buscar materiales para hacer la pólvora de sus mosquetes y lombardas, o descendiendo a las minas para buscar las gemas y los metales preciosos—que aquella dama de figura frágil hubiese podido resistir las cumbres heladas y los llanos ardorosos, sin sentir miedo de las alimañas hambrientas y de las flechas envenenadas de los feroces guerreros de Tlascala y Otumba.

Y sin embargo, así había sido durante un lustro duro y larguísimo, en el que hubo tantos días radiantes como noches tristes, tanta gloria como dolor, tanta trompeta victoriosa como sombrío tambor de retirada.

Los grandes capitanes de la campaña fabulosa—Hernán Cortés, Alvarado, Ordaz, Velázquez, Sandoval, Portocarrero, Irezo—habían regresado a morir en tierras de Castilla, o yacían en la del Imperio conquistado por su esfuerzo. Sólo D.^a Marina, ya manchado de plata el ébano aceitoso de su cabellera y apagado el fulgor de las pupilas, sobrevivía para ver cómo la Cruz del Dios de amor, en el que ella creyera prontamente, porque su alma era una flor para el amor abierta, iba ganando a las gentes de su raza, que ya no adoraban a los dioses terribles ávidos de corazones virginales. Sólo ella, al salir de la Salve y entregar su limosna a los mendigos, que besaban respetuosos el borde de sus haldas, podía sonreír inefable a los indios y a los españoles, y recibir sus homenajes de idéptico fervor. Porque ella sola comprendía que en el hondo patetismo de su destino, en el que lucharan su sangre vieja y su fe nueva, brillaba una luz divina que jamás refulgiera en la frente de mujer alguna que se convertía en el símbolo del amor, que, por encima del odio y la sangre de la guerra, uniría para la Eternidad a dos grandes pueblos.



TERESA DE CEPEDA



ROSA FLORES

DE sobra conocidos son los episodios de la vida de Teresa Sánchez de Cepeda, que ella misma ha narrado en páginas de gracia y vivacidad insuperables, para traer aquí algunos de los más característicos. Pero como sin ella estas páginas serían agua de pozo y pan sin sal, la evocaremos en uno de los últimos y más conmovedores episodios de su vida, referido por la Madre Ana de San Bartolomé, una de sus más fieles acompañantes en los años postreros.

Era el invierno de 1582. Debilísima, extenuada, el rostro sureado de arrugas y sarmentosas las manos, la Madre Fundadora siente el deseo de permanecer con sus queridas religiosas en su convento de Avila, esperando la hora en que Dios le abra de par en par las puertas de su gloria. Mas el descanso es imposible. Una dama burgalesa, D.^a Catalina de Tolosa, le escribe solicitando su presencia en aquella ciudad, para fundar un convento en una casa dispuesta al efecto. Aun a sabiendas de las dificultades que ha de encontrar—ya el Arzobispo le ha escrito anunciándoselas—se disponen los carros y las mulas para emprender la jornada a través de los hielos y las ventiscas, los caminos con lobos y enfangados. La voluntad lo puede todo, y aspeada y molida, como Don Quijote después de una batalla con molinos de viento, llega a la ciudad del Cid.

En ningún sitio la oposición a sus designios ha sido más ruda, aunque nunca como aquel último año de su vida la rodea mayor halo de santidad. Las autoridades y los vecinos, hostiles al proyecto fundacional, le hacen víctima de toda suerte de vejaciones y humillaciones. Ha de desalojar la casa que le han cedido e instalarse en un granero del Hospital de la Concepción, durmiendo sobre las frías losas, traspasada de las lanzas del viento, que se mete por todas las rendijas. Todo ello, aumenta el sufrimiento físico de la monja moribunda. Escupe sangre, siente paralizadas las piernas, las manos y la lengua, y una llaga se le abre en la garganta haciéndole dolorosísima la deglución de cualquier alimento. Sus compañeras, acogojadas, no saben qué ofrecerle para alimentarla sin sufrimiento.

—Tengo tan seca la garganta como nuestra paramera de Avila en agosto. Sólo creo que podría aliviármela el jugo de una naranja de aquellas dulcísimas que daba el naranjo de nuestro jardincico en Sevilla cuando fuimos a fundar, hace siete años...

¡Naranjas en Burgos, y en invierno!... Las monjitas se miran, contristadas. ¡Eso es pedir peras a un olmo!... Mas he aquí que se acerca a la Madre el guardián de la puerta. Trae al brazo una cesta. —Esto ha dejado para Vuestra Gracia un lindo paquete de parte de su señora.

—¿Quién era su señora?—pregunta la Santa.

—Olvidé preguntárselo, embobado con la cara de ángel que el zagal tenía—responde el portero.

La Madre Ana ha levantado el lienzo alblísimo que cubre la cesta y ha dado un grito de asombrosa alegría: “¡Mirad, Madre!... Son naranjas.” El aire del granero burgalés se disfraza de huerto levantino con el oro y el aroma de las frutas mediterráneas.

—Ya sé quién era la señora que las enviaba. ¡La Reina de los Cielos!—exclama Ana de San Bartolomé.

La Madre Teresa, mirándola entre enojada y complacida, reprende suavemente: —No tendrá otra cosa que hacer la Reina de los Cielos que malgastar su tiempo en un milagro con esta pobre pecadora...

Y sin decir más, escamotea entre las mangas de su hábito diez naranjas, después de ofrecer dos a sus acompañantes. E incorporándose del banco en que está sentada, se dirige al hospital para ver a unos enfermos “muy quejicones, los pobres”. Las monjitas que están mondando las naranjas la siguen con la mirada, y empiezan a saborear los dulces frutos. De pronto, Ana de San Bartolomé siente desasosiego y dice:

—¡Vamos a ver qué hace la Madre!

Se llegan a la enfermería. Alrededor de Teresa de Jesús los pobres enfermos—ciegos, tullidos, sarnosos, gafos y algún mutilado de los Tercios—gritan como un enjambre de hambrientos gorriones:

—¡A mí! ¡A mí! ¡A mí!...

Teresa de Jesús ha repartido todas las naranjas, y sonríe, con sus labios resecos como la paramera de Avila en estío. La voz en su garganta ha enronquecido, como una fuente que se queda sin agua.

Sus monjas se atreven—por compasión y amor—al reproche.

—¡Pero Madre!...

—¿Qué quieren, hijas mías?... ¡Mejor que para mí las quería para ellos!... La limosna quita mejor la sed que las naranjas... Ya ven que no necesitaba catarlas...

Y en aquel momento, un golpe de tos la desgarró la garganta, asomando a sus labios un cuajarón de sangre amoratada.

SE llamaba realmente Isabelita Flores Oliva, pero sus padres, Gaspar de Flores, sargento retirado, y María de la Oliva, bordadora, y la alegre pandilla de sus diez hermanos y hermanas mayores, encontraban tal calidad de flor en su carita y sus manos, que todos la llamaban Rosa. Fué menester pedir al Arzobispo de Lima, Fray Toribio de Mogrovejo—Santo Toribio hoy en los altares—, que al ungirle con el santo Crisma sacramental de la Confirmación convirtiera en nombre cristiano la cariñosa designación familiar. Y el santo prelado, después de contemplarla y sonreírle, dijo con voz celeste, aplicando el santo Crisma sobre su frente angélica: “Rosa: Signo te signo Crucis et confirmo te Chrismate salutis. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti”. La niña respondió: “Amén”. Y la venerable mano, con el anillo de amatista, le dió una suave palmada en la mejilla, mientras su boca y un coro de serafines le decían: “Pax tecum”.

La niña era tan bonita, que la ciudad entera quiso adoptarla. Y para todos sus habitantes dejó de ser Rosita Flores, convirtiéndose en Rosa de Lima, nombre fragante de flor y fruto dulcísimo. Prodigio de belleza y maravilla de inteligencia, antes de ser mujer asombra con su sabiduría, su discreción, su santidad. Obra milagros en el jardín y guarda en secreto sus amores ternísimos con el Dios creador de las flores y los pájaros, rechazando los humanos que le ofrecen cuantos donceles viven en la Ciudad de los Reyes, incluso los del gallardo D. Vicente de Montesinos, audaz Don Juan, que trata de obtener correspondencia por el camino alevoso de la sorpresa y de la estratagema. Pero descubierta su intención por la clarividencia de la muchachita, ha de sentir clavársele en el alma el hierro cálido del arrepentimiento, que le hace abandonar su galanía para tomar hábito de misionero y marchar hacia el Sur—aun el Arauco indómito—a salvarse, salvando almas de infieles.

Rosa trata de ocultar—por humildad—sus virtudes y su belleza, que dan pábulo a las chácharas de todo el Virreinato, y decide, al cumplir los veinte años, retirarse del mundo. Pero en Lima no existe convento alguno de la Orden de terciarias dominicas de Santa Catalina de Siena en el que profesar, y la niña, por sus manos, se construye una celda y una capilla en el jardín de la casa paterna, en donde vive retirada en oración y éxtasis hasta 1614, en que se funda el convento, según los propios planos de Rosa, y puede profesar en él, tomando el nombre de Madre Rosa de Santa María, con la dignidad de fundadora y prelada. Los milagros son cada día mayores y su fama ha cruzado Océanos y Andes y ha llegado a Europa. España—la vieja y lejana España—sabe con satisfacción inmensa que ya el Perú tiene una santa de su sangre, que será gala del cielo, como Teresa de Jesús.

El ejemplo de la venerable Madre, enfervoriza a Lima entera, que cuando se siente amenazada por unas compañías de piratas luteranos busca su consejo. Rosa Flores no es capaz de arengar a las gentes para cerrar una heroica resistencia, pero al mostrarles su firme voluntad de morir en el convento defendiendo el Cuerpo de Jesucristo, expuesto en el altar mayor, les da ánimos para rechazar la agresión fuera de los muros limeños y obligar a reembarcar a los herejes.

Los continuos sacrificios y penitencias que desde la niñez se ha impuesto—ayunos, flagelaciones, insomnios, meditaciones, trabajos manuales durísimos—han quebrantado de tal manera su salud, que hace años que ya no vive en ella. Su cuerpo ha adquirido fragilidad y transparencia de cristal y es todo él una sola llaga y un terrible dolor, que ofrece a Dios con místicos transportes de alegría. Al fin, el 24 de agosto de 1617, a los treinta y uno de su edad, Dios se la lleva consigo. La muerte de Rosa Flores es un milagro más. Su rostro recobra la dulzura, la serenidad y la belleza de los años en que era “la reina de la juventud limeña”. De su piel suavísima desaparecen las pústulas. Expuesto varios días a la curiosidad devota de sus paisanos, hay que enterrarla casi clandestinamente, pues todos la creen dormida y no muerta.

En 1670, el Pontífice Clemente X la canoniza y le da el nombre—cuarto que ha llevado—con el que las provincias, islas, regiones y reinos del Nuevo Mundo la tendrán por Patrona y toda la cristiandad la venerará eternamente: Santa Rosa de Lima.



ISABEL CLARA EUGENIA

LEYENDO en la Historia de España las noticias de la vida de una de sus princesas más ilustres—la Infanta Isabel Clara Eugenia—hija mayor de Felipe II y de Isabel de Valois—vienen a nuestra memoria los pasajes más tiernos y emocionantes de dos tragedias de reyes desdichados, únicamente consolados en sus infortunios por el amor de dos hijas fidelísimas y abnegadas que les guían por las oscuras selvas de sus duelos con el hilo de luz de su piedad. Junto a las irreales Antígona y Cordelia de Sófocles y Shakespeare, la infanta segoviana—nació en Balsain en 1566—se nos aparece al visitar las exiguas habitaciones regias de El Escorial, como la encarnación de las virtudes filiales exaltadas por los dos mayores poetas trágicos del mundo.

Porque si bien es cierto que el hado del poderoso monarca hispánico nunca llegó al pavoroso dramatismo del de los reyes Edipo y Lear, porque era hombre y no mito y sus desdichas fueron simplemente las que alcanzan a los seres humanos, también lo es que, caso de haber sido preciso, Isabel Clara Eugenia no habría vacilado en cumplir sus deberes de hija hasta el último sacrificio, ya que desde su nacimiento hasta sus esponsales en mayo de 1598—ya casi en agonía el Rey—la identificación y el amor de padre e hija constituyen una de las más bellas páginas familiares de las crónicas de la realeza.

Año tras año junto a su padre, la Infanta ha mitigado con su innata alegría, su fortaleza y su templanza, duelos y amarguras que constantes siempre en el alcázar, entenebrecen el carácter de aquel Rey amante de la música y la pintura, los jardines y las aves, los juegos infantiles y el álgebra del ajedrez. Dos esposas, cinco o seis hijos varones—alguno ya en edad de iniciarse en la jineta y la pavana—, hermanos y sobrinos descendiendo al sepulcro; contradicciones políticas como las revueltas de Flandes y Aragón y la fuga de Antonio Pérez; reveses militares como el de la gran Armada, que por escarnio llaman ahora «invencible» los libelos ingleses y el brote en la sangre de las viejas dolencias de los antepasados, hacen al Rey cada hora más taciturno y más hermético, más ferozmente apasionado de sus ideas de rey y de cristiano, que ve amenazado de turcos y de herejes el hermoso Imperio heredado de sus mayores. Pero todo se olvida cuando cerrados los cartapacios de despacho, despedidos los secretarios, los físicos y los embajadores, se quedan frente a frente padre e hija a recordar el pasado y a organizar el futuro.

Año tras año, la Infanta, perdida la esbeltez juvenil y ya treintañona, continúa soltera porque su padre ha rechazado cien aspirantes a su mano que han pintado Sánchez Coello y Pantoja y aun han de pintar Rubens y Van Dyck, y aunque un poco lánguida de nostalgias maternas y de coronas regias, prosigue impasible su misión de amor y de obediencia al Rey más poderoso y al padre más amante. Y cuando todos duermen en el Monasterio de San Lorenzo, menos el Rey doliente—triste de alma y ulcerado de cuerpo—Isabel Clara Eugenia, como Antígona o Cordelia, le narra consejos, le lee versos o historias, o sentada ante la espineta, desgrana en el teclado una pavana de Milán, una chacona de Salinas o una dulce canción vieja de Portugal, que tocaba en Valladolid, cuando el anciano monarca era un rubio doncel heredero del César, su madre la Emperatriz Isabel de Portugal, cuyo retrato, por el Tiziano, contemplara tantas veces la princesa en el salón del Trono del Alcázar madrileño...



JUANA DE ASBAGE

MUJER extraordinaria esta mexicanita de ascendencia vasca, que vió la luz al pie del Popocatepetl en 1651 y que hasta su muerte heroica en 1695, contagiada de la peste adquirida por sus hermanas en religión, constituyó el orgullo y el asombro de su aldea natal, San Miguel de Nepantla y de la villa de Amecameca primero, luego de la Corte Virreinal y de toda la Nueva España y, por último, de la América de habla española.

Por su precoz talento y su natural disposición a la sabiduría, los quince primeros años de la gentil muchacha recuerdan a los de la insigne Beatriz Galindo dos siglos atrás en Salamanca, causando la admiración del claustro de la celeberrima Universidad. Pero en Juana de Asbage había más ímpetu que en Beatriz. Los tiempos eran otros y la mujer se resignaba menos a la oscuridad del hogar. Juana de Asbage batalló con energía por algo que sólo siglos más tarde habrían de conseguir las muchachas del mundo entero: el derecho a obtener los títulos universitarios de bachiller, licenciado o doctor y a ejercer—sin pérdida o menoscabo de sus cualidades femeninas—una profesión científica en competencia con el varón. Los forcejeos de Juana de Asbage para lograr un puesto entre la grey estudiantil que en la Universidad de México aspiraba a alcanzar los más altos grados científicos, la convierten en precursora de cuantas mujeres han logrado vencer determinados prejuicios familiares o sociales, para cosechar laureles en las distintas profesiones—Letras, Derecho, Medicina, etc.—. Pues aun cuando no lograra ser realmente una universitaria oficial, estudió sin maestro todas las disciplinas de los viejos estudios, revalidándose ante un severo tribunal compuesto de cuarenta sabios, que después de mil preguntas retorcidas, burlonas y mal intencionadas, se hubieron de rendir a su saber, concediéndole una unánime y admirativa aprobación, valedera por la más brillante calificación, que le abrió las puertas de la Corte virreinal y de los salones y academias de México, capital a la sazón, con Lima, de la intelectualidad criolla en las Indias.

A lo largo de un año, Juana de Asbage, lindísima y donosa, embelesó a la Corte con sus dichos sutiles y sus inspiradas poesías, pero al advertir pronto la inutilidad y el riesgo de sus talentos en un ambiente de frívola galantería, decidió apartarse a la soledad de su celda..., quizá convencida de que, desde ella podría irradiar mejor al mundo las luces de su ingenio, como hiciera en España aquella prodigiosa Sor María de Agreda, de la que tanto oyera hablar en el estrado de la Virreina a cuantos llegaban de la Metrópoli. Pero Sor Juana Inés de la Cruz—nombre que tomó en el convento—carecía de la fiebre mística de la gran abadesa de las cartas y a su locutorio no llegaban correos reales en súplica de plegarias y consejos. Acaso, de vivir en Madrid, el pobre Rey hechizado Carlos II la hubiese tomado como corresponsal y consejera, a imitación de su padre Felipe IV. Igualmente, de haber nacido francesa, no habría necesitado retirarse al convento para que su ingenio resplandeciese como el de aquellas «femmes savantes» de la Fronza y del Versailles de Luis XIV, de que se burlaba la sátira bufa de Molière. Pero en un país colonial, alejado de las corrientes políticas y literarias de los grandes Estados europeos, Sor Juana Inés, a pesar de las rizadas volutas del incienso de admiradores o envidiosos, «debía tener de sí misma la impresión de que era un pájaro milagroso, prisionero, cuyo vuelo temblaba hacia la lejanía», como dice Vossler.

A pesar de su talento y sus grandes facultades literarias, Sor Juana Inés de la Cruz, no consiguió alcanzar ni el deslumbrante prestigio de santidad de Sor María de Agreda ni la dulzura serena del apartamiento de otra poetisa contemporánea suya, la hija de Lope de Vega, Sor Marcela de San Félix, profesora en la rigurosa clausura de las Trinitarias de Madrid. Pero no es liviano honor para ella formar con ambas esclarecidas religiosas en el trío femenino más glorioso del barroco literario de España.



HIPOLITA DE ARAGON



AGUSTINA ZARAGOZA

Muy poco divulgada, pero no menos importante que la de otras mujeres excepcionales de nuestra raza, es la figura de la noble señora aragonesa D.^a Hipólita de Aragón, esposa de un aristócrata catalán, el Barón de Albi. Con ocasión de la sublevación de Cataluña contra Felipe IV, en 1639, y la ocupación del Principado por las tropas de Luis XIII so pretexto de ayudar a los rebeldes, pero con la designación de un Virrey que hacía patente el propósito de ejercer una total soberanía, D.^a Hipólita fué protagonista de un dramático episodio en el que se conjugaron el patriotismo más acendrado, la fidelidad al Rey de España, un sentido aventurero muy a la moda francesa y algunos de esos detalles de coquetería y galantería que no suelen faltar en las intervenciones de una mujer hermosa en las jugadas políticas.

Españolísima D.^a Hipólita, y afrancesado el Barón, decidió la dama aprovechar con audacia su belleza y el valimiento del esposo en la Corte del Virrey Conde de Harcourt, para sonsacar a los altos jefes militares o civiles cuantos datos sobre la situación de fuerzas y proyectos políticos pudieran interesar al Rey Felipe, los que hacía llegar a su poder por medio de una red de enlaces establecida, a despecho de la vigilancia, a través de los payeses de las masías, ya arrepentidos de su deslealtad con su señor natural, por las exacciones y atropellos de que les hacían víctimas los soldados y funcionarios cumplidores de las órdenes severas y rapaces de Luis XIII y Richelieu.

Rápidamente cundía el descontento en la ciudad y en los campos, formando un estado de opinión adverso a los designios franceses. Pero su exteriorización era difícil, como lo es siempre bajo cualquier régimen de ocupación extranjera, ya que al puro y desinteresado patriotismo se mezclaban las turbias pasiones de los afrancesados, quienes, después de traicionar a su Rey y a su Patria, trataban de mantener sus posiciones de privilegio merced a bajos espionajes y delaciones. La única persona que por su sexo, belleza, prestigio, fortuna y valimiento en los altos círculos franceses, donde su sonrisa, su gracia y su elegancia le franqueaban todas las confianzas, era D.^a Hipólita, a la que los enemigos de Francia entregaron la dirección de una conjura que debía estallar en la ciudad en un momento dado, coincidiendo con la llegada de los Tercios españoles a las puertas de la fortaleza, que les serían abiertas desde dentro.

La trama, diestramente urdida y dirigida con valerosa serenidad por la intrépida baronesa, se desbarató de pronto, más por razones galantes que políticas. Dos de los conjurados—un rico mercader barcelonés y un noble caballero galo, pariente del Virrey—se enrolaron en la aventura, quizá ganados a la causa del Rey, más que por convicción patriótica, por admiración a la arrogante capitana. Un tercero, puso en conocimiento de las autoridades francesas lo que ocurría. La baronesa, advertida de la delación, no quiso escapar—aun cuando se le brindaron todas las facilidades para ello—sin intentar salvar a sus amigos, principalmente a aquellos dos valientes y caballeros rivales, en quienes recaían las más graves responsabilidades de la peligrosísima empresa.

Doña Hipólita hizo cuanto pudo por salvar a aquellos hombres, pero la fatalidad quiso que uno de ellos fuera descubierto en su propio coche y detenido y encarcelado con otros muchos conspiradores, quienes, después de sufrir tormento—en el que ni uno solo la denunció—, fueron condenados a muerte. El más ardoroso admirador de la baronesa—el propio mercader Quílez, al que intentó salvar con la más desesperada energía—fué quien, en la confesión general de sus pecados a punto de morir, dió el nombre de D.^a Hipólita, como cabeza y corazón de la conjura. Detenida y procesada, su tranquilidad llenó de asombro a sus jueces, quienes, ganados por ella, por la belleza de su rostro, por la influencia y la fortuna del Barón de Albi y por el temor que suele acometer en procesos de ese tipo, en que los nombres se enredan como las cerezas y salen a relucir mil cosas que a la prudencia conviene silenciar, sobreescribieron el sumario y ordenaron el destierro a Tarragona de la valerosa señora, mientras al resto de los complicados que no habían sido ejecutados se les encerraba en mazmorras, después de habérseles confiscado todos sus bienes.

Se ignora si al terminar la guerra de Cataluña la baronesa volvió a reunirse con su esposo, o si, al seguir éste a los franceses en retirada, ingresaría en un convento o moriría. Sus huellas se pierden, y sólo queda de su figura, llena de encanto y atracción, el perfume romántico de su juego, sutil y femenino, con el amor y con la muerte.

LOS dos sitios sufridos en 1808 y 1809 por la heroica ciudad de Zaragoza recuerdan en su épica grandeza a los lejanos de Sagunto y Astapa, y, sobre todo, al de Numancia, en donde fracasaron uno tras otro los más ilustres generales de Roma. También frente a la ciudad del Pilar tres grandes mariscales de Napoleón, como Moncey que los inició, Junot que lo sustituyó, para cumplir la orden olímpica del Emperador: "Id a Zaragoza y tomad Zaragoza", lo que no pudo realizar, y Lannes que lo reemplazó, en vista de que después de varios meses de feroz asedio y violentísimos ataques no conseguía otra cosa sino ocupar cada día las ruinas de una casa, que un puñado de españoles defendía habitación por habitación, causando tremendas pérdidas a los invasores. Como escribe la Duquesa de Abrantes en sus célebres *Memorias*, "cada mañana comenzaba el asedio de una casa y cada noche había que aplazar para el siguiente día su asalto definitivo".

Finalmente, el 20 de febrero de 1809, y en vista de la imposibilidad de resistir una hora más, ya que de los 100.000 habitantes y refugiados que vivían en la ciudad al comenzar el sitio habían perecido 54.000, y una tercera parte de los edificios se encontraba totalmente destruida, y las otras dos acribilladas de balas y llenas de cadáveres, cuyo hedor amenazaba infectar el aire con una terrible peste, hubieron de capitular ante los franceses 10.000 infantes y 2.000 jinetes, pálidos, esqueléticos, ensangrentados, agotados por el hambre, el frío y la fatiga.

Entre aquellos militares cubiertos de gloria, harapos y miseria, figuraba una mujer joven, natural de Barcelona, llamada Agustina Zaragoza y más tarde Agustina de Aragón, esposa fidelísima y enamorada de un oficial de guarnición en la plaza. Durante una de las jornadas más duras del asedio, Agustina se vió obligada a hacerse cargo de las piezas de una batería de artillería emplazada en el portillo de San Agustín, cuyos sirvientes y apuntadores habían perecido. Con gran valor y serenidad, la joven sostuvo el fuego contra las tropas imperiales, mereciendo que el general en jefe, Palafox, le otorgara pública y solemnemente la consideración e insignias de oficial del Ejército español, por la bravura demostrada en el combate.

En la capitulación suscrita por el mariscal Lannes, duque de Montebello, y el presidente de la Junta de la ciudad, D. Pedro María Ric—éste por imposibilidad física de Palafox, gravemente enfermo—, se estableció que todos los oficiales y soldados rendidos que prestaran juramento de fidelidad al Rey José podrían entrar a su servicio, entendiéndose que quienes no accedieran a ello serían conducidos a Francia como prisioneros de guerra. La inmensa mayoría de los combatientes zaragozanos, después de deponer sus armas a cien pasos de la puerta del Portillo por la que salieron de la ciudad, se negaron a jurar lealtad al Rey intruso, entregándose inermes al vencedor. Entre ellos, naturalmente, figuraba la bisoña artillera, que se consideró obligada a compartir la dura suerte de quienes le concedieron el honor de ostentar sobre los jirones de sus desgarradas vestiduras femeninas los sagrados emblemas de la jerarquía castrense.

Aun cuando tradicionalmente fuese Francia el país de la galantería, y la patria de Juana de Arco, la joven heroína no mereció de los soldados imperiales el menor trato de consideración. Sin respeto a su sexo, a su valor y a la fiebre que apenas le permitía sostenerse en pie, fué conducida a la prisión bajo la amenaza de ser juzgada no como combatiente, sino como francotiradora, lo que suponía el fusilamiento. Más tarde, hubo de ser incorporada a una columna de prisioneros que, con fuerte custodia, había de emprender el viaje a Francia. Alguien, compadecido de su patético aspecto, le cedió un caballo, en el cual, y al amparo de las sombras de la noche, pudo burlar la vigilancia de los guardianes en Puente la Reina. Después de mil peripecias logró llegar a Cádiz con su esposo, siendo acogida triunfalmente por españoles e ingleses.

Usando de sus derechos de oficial, solicitó de la Junta Suprema gaditana el acompañar a su esposo a Tortosa, en donde volvió a combatir con denuedo, a caer prisionera y a escapar una vez más del internamiento en Francia, incorporándose —siempre con su marido— a una columna móvil que operaba en tierras de Valencia, y por último a la División del general Murillo, con la que intervino en 1813 en la batalla de Vitoria, que significó el final de la guerra de la Independencia.

Devuelto Fernando VII a su trono, recibió en el Palacio de Oriente, de Madrid, a la valerosa dama, a la que instó a solicitar una pensión o un título de nobleza. Pero Agustina, combatiente heroica por amor a su marido y por imperativo de la tremenda situación de Zaragoza primero y luego por sentirse obligada a ello por su condición de oficial, renunció con toda sencillez a cuanto significara recompensa o premio, considerándose bien pagada con el alto honor de haber servido a la patria en los momentos más grandiosos de su epopeya. Y como un soldado cualquiera, guardó amorosamente sus condecoraciones y recuerdos de guerra, consagrándose a su vida civil, que en ella era el hogar y la familia, que a veces requieren para su dirección el mismo heroísmo que para prender la mecha en una pieza de artillería. Murió oscuramente, pero su nombre se ha incorporado a la galería de grandes mujeres españolas, no sólo en los libros de los historiadores, sino en las coplas que canta el pueblo, que muchas veces representan una gloria más pura y más auténtica.



MANUELITA SAENZ



MARIA GUERRERO

CON la majestad de una reina sobre su trono", una pobre viejita tullida, acartonada, sentada en un sillón de ruedas, lee a la luz del sol, que camino del ocaso tiñe de carmesí las lejanas cumbres de los Andes, un paquete de cartas amarillentas. Aunque sabe de memoria una por una todas las frases apasionadas, gusta de releerlas a diario y en voz alta para evocar mejor al fantasma del hombre que durante ocho años—entre 1822 y 1830—las escribiera poseído de pueril romanticismo, no obstante ser ya un hombre hecho y derecho y lleno de gravísimas preocupaciones, sobre la falsilla literaria de las que trazara antes del pistoletazo fatal el joven Werther.

¡Qué cartas, santo Dios!... Por su vehemencia y su lirismo, parecen de un chiquillo, y sin embargo eran de un hombre hecho y derecho, de un héroe que había liberado pueblos y creado naciones. (También Napoleón Bonaparte había escrito en el mismo inflamado y pueril estilo a Josefina...)

Cada carta recuerda a la viejita tullida y solitaria junto al balcón colonial de la modesta casa aldeana, una hora de gloria o inquietud, una asechanza de los celos o de la perfidia, un desencanto o una alegría, una ciudad distinta y un aroma diferente de Quito o de Caracas, de Bogotá o de Lima.

Ya se ha puesto el sol y los ojuelos cansados no pueden seguir descifrando las letras chiquiticas. Deja las cartas sobre su regazo y sueña despierta, como todos los días, con aquella mano fina y fuerte que las escribiera, interrumpiendo la dura tarea de gobernar pueblos recién nacidos, impacientes e indómitos como potrillos salvajes. Aquella mano, que al tomar la suya una tarde en la vieja ciudad incaica de Quito, le transmitió un fuego que hasta entonces no sintieran sus diecinueve años alegres y morenos.

Preñada de esa mano, ¡cuánta ventura y cuánta desventura!... ¡Cuántas lágrimas y cuántos sacrificios! ¡Cuánto temor y cuánto sonrojo!... ¡Pero era tan hermoso amar al Libertador de la Patria y sentirse correspondida por él, que todo ello había sido superado sin vacilación! El Héroe es siempre como un niño: no tiene miedo al fuego, al odio o a la muerte, y tiembla en cambio si se le deja solo en una habitación oscura. Y la vida de Bolívar, hasta que Manuelita llegó a su lado, era como un cuarto sin la luz del amor, que ahuyenta las sombras.

Pero bien valía soportarlo todo con tal de animarle en la lucha, consolarle en las desilusiones, cuidarle en sus dolencias, evitarle el peligro de las otras mujeres, que, atraídas por la aureola de su gloria, no serían capaces de entregarle la pureza de un corazón rebosante de ternura.

Y sin embargo, poco podía esperar en cambio. Nunca podría presidir con él las grandes ceremonias oficiales, ni siquiera ya muertos los dos tendría sitio a su vera bajo las bóvedas de piedra de alguna de las catedrales de Sudamérica.

La sabía y aceptó el amargo cáliz de su destino cruel, dolorosísimo, pero jurándose a sí misma tener para él fidelidad, abnegación y amor de esposa, hermana y madre. Sabía mucha historia y conocía las maravillosas cantidades de felicidad y dulzura que las antiguas mujeres de su tierra americana habían dado a los conquistadores. Sabía que muchas mujeres han nacido para acompañar con una sonrisa, una palabra blanda o una ardiente plegaria desde la penumbra y la lejanía, las vidas atormentadas de los Héroes, cercadas de riesgos increíbles en las horas más tristes de sus altísimas empresas.

Mientras la muerte no llamó a Bolívar, Manuelita Sáenz fué para él el más fiel amigo, el más leal consejero, el más sumiso servidor, el más valiente soldado, el más desinteresado partidario, el más ardoroso cronista, y a la vez la más enamorada de las mujeres.

TODAS estas almas de mujeres hispánicas que al azar hemos presentado como ejemplos, y otras muchas más de doncellas y esposas defensoras de su honor, amantes abrazadas de celos, madres o hijas vengadoras de sus hijos o padres agraviados, reinas prudentes, religiosas en olor de santidad y de martirio, hembras heroicas que recogen en sus manos apas para la ruca, el clave y la caricia, la idea arrebatada o la espada centelleante del varón amado; princesas, infanzonas, o simples villanas en quienes encarnaban los valores constantes de la raza, yacían en la crónica, el romance, la canción de gesta o la leyenda, hasta que se incorporaron el día en que Lope de Vega—ante el pasmo de las gentes—creó para los siglos el gran teatro nacional. A partir de entonces, los dramaturgos hispánicos—clásicos, neoclásicos, románticos, realistas y modernos—alumbran sus creaciones más sublimes, haciendo girar el drama—como gira todo en la vida—en derredor de un alma femenina hirviendo de pasión, resplandeciente de virtudes o desbordante de gracia y de ternura.

Desde "La estrella de Sevilla" o Casilda del "Peribáñez"; Isabel Crespo o Rosaura; Inés de Castro o "La luna de la Sierra", de Lope, Calderón y Vélez de Guevara hasta las heroínas contemporáneas, las mujeres de España han proporcionado a los poetas un inagotable filón de honrosos temas de palpitante dramatismo, y a las actrices españolas las más espléndidas ocasiones para hacer brillar a la luz de las candilejas las maravillosas facetas de ese diamante que es el alma de las mujeres de la estirpe ibérica.

Una entre todas las actrices—María Guerrero, marquesa de Fontanar, condesa de Balazote y de Lalaing y Grande de España por su matrimonio con el noble caballero don Fernando Díaz de Mendoza—asumió durante casi medio siglo la tarea patriótica y artística de llevar ante los públicos de España y de la América española todo ese riquísimo universo de espiritualidad y grandeza. En el resplandor de sus ojos; en el aleteo de sus manos; en el sollozo, la imprecación o el trémolo que brotaban en su corazón para estallar en su garganta, los auditorios hispanoamericanos conocieron toda la gama, todos los matices, todos los sentimientos más hondos y más íntimos de las mujeres españolas, expresados por una de ellas, capaz de interpretarlos genialmente. Será difícilísimo que quienes no alcanzaron a ver y oír a María Guerrero sobre la escena, comprendan todo el fuego racial que animaba su voz y su ademán impresionantes, que hacían olvidar en absoluto el artificio de la ficción escénica. En mis lecturas históricas de la edad viril, me ha ayudado enormemente a penetrar en el temperamento de algunas de las más ilustres mujeres de la patria, el recuerdo de un gesto, una inflexión de voz, un silencio o un sollozo de aquella egregia artista a la que ya conocí en el ocaso de sus facultades. La recuerdo—la recordaré siempre—expresando en las escenas de "Locura de amor" la dolorosa tortura de los celos de la infeliz Reina Doña Juana, quizá con mayor exactitud científica de la que describen las páginas psicoanalíticas de Pfandl. La recuerdo en "La leona de Castilla", inundada del odio de D.^a María de Pacheco—la viuda de Padilla, el capitán comunero ajusticiado en Villalar—a la Justicia del Rey que ha dejado huérfano a su hijo. La recuerdo hambrienta de pasión y sedienta de venganza que saciar en el mismo hombre—el condestable—en "Doña María la Brava". La recuerdo encarnando a una infancina—Isabel—adolescente soñadora de amor y de grandeza en "Las flores de Aragón", y a la misma, ya Reina, en el apogeo de su grandeza, en "El Gran Capitán". La recuerdo gran señora española en "Campo de armiño", ruda campesina de la parda Castilla en "La malquerida", abuelita legendaria en el cuento aldeano de "El probrecito carpintero", sevillana risueña y luminosa en "El genio alegre", víctima de una amarga leyenda en "La calumniada", y en tantos y tantos papeles más con los que electrizaraba a los públicos.

Con María Guerrero murió mucho más que una época del teatro español. Se extinguió para siempre la posibilidad de que desde el tablado de la farsa, una mujer de España pueda hacer comprender a los más heterogéneos auditorios cómo fueron, cómo son y cómo serán, frente a las coyunturas dramáticas de la existencia, las hembras capaces de dar vida y espíritu a los hombres que a un lado y otro del Atlántico crearon este universo cristiano que se llama la Hispanidad.